

EN LA MANCHA

Sentado sobre una piedra, a unos diez metros del camino, y a resguardo del sol gracias a la sombra de una encina, aquel hombre obeso, mal afeitado y provisto de un sombrero de paja y un gran afán por compar-tir conmigo el almuerzo que guardaba en su talega, levantó de nuevo la vista hacia mí mientras me ofrecía otra vez- el pellejo del vino. Lo agarré, y mientras me concentraba en echar otro traguito -confieso que empe-zaba a marearme, pues la generosidad de mi interlocutor era, por expresarlo de manera cortés, insistente- conti-nuó relatándome:

-Ya sabe vuesa merced como funcionan estos asuntos. Después de la paliza que le dieron -y a decir ver-dad que le avisé no se metiera en auntos ajenos- lo llevé a que lo curasen. Pero he aquí que la barbería estaba hasta los topes, y según me dijo un mozo que allí ayudaba, al menos en tres meses no podría hacerse cargo de las heridas de mi amo, pues eran muchos los dolidos que figuraban y esperaban en una larguísima lista, así pues me lo volví a llevar de allí y lo curé como Nuestro Señor me dio a entender, que en tres meses en la lista de espera para que le curaran, se me podía haber ido al otro mundo.

El tema de las largas esperas para ser atendido me sonaba, pero no quise interrumpir el relato de aquel, cuando menos, pintoresco personaje -que por cierto me recordaba a alguien, aunque todavía no se exactamente a quién-, el cual dedicó un momento de atención al trozo de tocino que se tenía sobre el pan, cortó un pedazo, que me ofreció cortésmente, y ante mi negativa, y entre trago y trago, se lo llevó a su boca. Cuando por fin pudo hablar, continuó:

-También tuvimos aquel día, Dios nos lo hubiera ahorrado, del asunto de la cuerda de presos. Cuando más enrevesado estaba todo, apareció por allí, no se sabe de donde, uno que dijo era licenciado, y enterado en leyes y en tiras y aflojas y en vericuetos legales, y con bagaje de muchas e ilustres universidades; y juro a vuesa merced que en menos de cinco minutos había embrollado aquel ya de por sí lamentable asunto, que un poco más y hubieran acabado los presos custodiando a sus guardianes, las bestias de carga y montar sobre nues-tros lomos, y el sol ocultándose por levante, contradi-ciendo así lo mandado por la Creación, de tal manera convertía aquel liante lo blanco en negro, y lo negro en blanco. Hasta mi amo, desalentado por aquella verda-dera catarata verbal, que salía de la boca del piante, estuvo a punto de olvidarse de todo, la dama Aldonza incluida, y volverse aburrido a su lugar. Menos mal que entre todos reaccionamos, y arrojamos a puntapiés al sabihondo. Que ya está todo en este perro mundo bas-

tante enrevesado para que lleguen estos, y por unos dineros, liarlo to-davía más.

Del aparentemente inagotable fondo de su talega sacó un par de manzanas, entregándome una y, pellejo de vino va, pellejo de vino viene, se reacomodó sobre la piedra, al tiempo que se inclinaba para ajustarse una albarca. Al incorpo-rarse siguió diciéndome:

-Y el feo asunto de los molinos, ¿le suena?

-Algo he oído, pero vamos -titubeé- usted parece estar más enterado...

-Bueno -se lanzó- pues resulta que en llegando a un sito con muchos molinos, distante unas ocho o nueve leguas de aquí, a mi señor le entró la manía de que eran gigantescos enemigos, arremetiendo contra ellos con el resultado de algún ligero desconchón para ellos (los molinos), y otros desconchones, más grandes, para mi amo. Y no había pasado el tiempo del rezo de un Avemaría, cuando llegaron corriendo el Señor Corregidor, el propietario del molino y una numerosa cuadrilla de albañiles, carpinteros y agrimensores y escribanos. Al ver el pequeño desconchón que el empuje guerrero de mi señor había causado en el molino, el Sr. Corregidor comenzó a dictar a los escribanos un documento, del cual y mientras atendía como buenamente podía la descalabradura de mi amo, pude escuchar, al vuelo,, las expresiones "amenaza ruina", y "recalificación", y oír el tintinear de algunas bolsas de maravedíes. Me extrañó mucho lo de la "ruina" pues en mi vida había visto yo molinos más hermosos, y recios y robustos y sólidos, y mi extrañeza...

En esto que el hombre detuvo su relato, se llevó la mano sobre los ojos, haciendo visera, y señalándo con un dedo a una alta y flaca figura que se destaca-ba montada sobre un caballo igualmente magro de carne sobre la llanura, recortándose contra el azul del cielo, se despidió de esta manera, algo apresura-damente:

-Siento dejar así a vuesa merced, pero he de reunir-me con mi amo, aquel que viene por allí, pues ya empe-zaba a inquietarme y a darme al pensar y a la preocu-pación su tardanza- y haciéndome un gesto con la mano, subió a su rucio y enfiló hacia el jinete.

Esto me sucedió en..., vaya ahora no me acuerdo. Bien, no alcanzo a recordar el lugar exacto, pero eso sí, estoy completamente seguro que fue en algún paraje de La Mancha.



GREGORIO RUIZ
DE LA HERMOSA



**MANTENIMIENTO SALA DE CALDERAS - CALEFACCION
QUEMADORES EN GENERAL - VENTILACION Y EXTRACCION DE
HUMOSAIRE ACONDICIONADO EN VIVIENDAS E INDUSTRIAL
EMPRESA COLABORADORA DE GAS NATURAL CASTILLA-LA MANCHA**

TALLER C/. Manzanares, 112 Telf.: 926 260 026 Fax: 926 260 121
OFICINA C/. Magdalena, 57 13250 DAIMIEL (Ciudad Real)